

Mateo 2:1-12 Walther

Mateo 2:1-12 C.F.W. Walther

No hay ningún libro en el mundo sobre el cual están escritos más comentarios y estudios que la Biblia. Sin embargo, con los miles de tomos aún no está perfectamente entendido este libro.

La gran profundidad de las Escrituras ha llevado a algunos a declarar que a los laicos no se les debe permitir a leer este libro, que nadie lo puede entender a menos que la iglesia lo interprete oficialmente. Pero son dos cosas muy distintas decir que la Escritura tiene misterios y pasajes difíciles, y decir que es un libro oscuro. La Escritura no es oscura, es el verdadero sol para todas las almas, que sin este sol solamente pueden quedar en la noche y la oscuridad. Así David dice de ella: “Tu palabra es lámpara a mis pies”. Cristo mismo dice: “Escudriñad las Escrituras”. Pablo habla con agrado de los de Berea que buscaban en las Escrituras si las cosas que les predicaba el apóstol fueran ciertas. Y si ellos juzgaban la doctrina de un apóstol según la Escritura, cuánto más todo miembro de la iglesia de nuestros días debe de probar la doctrina de todos los hombres según la Palabra de Dios. Dice el santo apóstol San Juan: “Bienaventurado el que guarda las palabras de la profecía de este libro”.

Casi no hay ninguna historia de la Biblia que mejor nos da a conocer que la palabra escrita no es oscura, sino brillante y clara, la clara estrella para todos que quieren llegar al cielo, que la historia de los magos del oriente. Despertado su interés por una estrella milagrosa, ésa sin embargo no les pudo llevar hasta el Cristo. Pronto les dejó. Fue la palabra que nunca se apartó de ellos, y los llevó directo a Cristo. Así también hoy les recomiendo la palabra de Dios como nuestra única guía al cielo.

La palabra de Dios es la única guía en el camino al cielo

- I. Solamente la palabra nos permite encontrar a Cristo.
- II. Solamente por la palabra podemos quedar con él.

Oímos de una estrella. No puede ser ninguna estrella natural. Si fuera como las demás estrellas del cielo, seguramente no se podría haber parado directamente sobre la casa en la cual estaba el Niño, como nos cuenta San Mateo. Las estrellas naturales están tan altas que yendo de una parte a otra no distinguimos ningún cambio en su posición. Además, aunque el movimiento aparente de las estrellas siempre es para el este, esta estrella indicó el camino de Jerusalén para Belén, de norte a sur. Esta estrella fue creada especialmente por Dios para indicar el nacimiento de su unigénito Hijo.

Aunque los magos del oriente probablemente eran de los más sabios de su tierra, no podrían haber sabido con su razón natural el significado de esta estrella. Podrían haberse podido fijarse en la estrella, pero podrían conocer su significado solamente por la revelación de Dios. La estrella sola no les podría haber llevado hasta el Cristo. La palabra les llevó a la tierra de los judíos para buscar allí al recién nacido rey de los judíos.

Pero como no tenían ninguna palabra de Dios diciéndoles en cuál lugar lo encontrarían, fueron primero a la capital de la tierra: allí en donde estaba el templo, en donde el rey vivía en su castillo, y los sumos sacerdotes y escribas hacían sus papeles. Allí, pensaron, y en ninguna otra parte, deberían de buscar al que heredaría el trono. En eso los magos habían seguido solamente sus propios pensamientos humanos. En Jerusalén, no solamente no sabían nada de un rey recién nacido, sino que toda la ciudad, en vez de alegrarse, se turbó, al oír las noticias. Pero Herodes llamó a todos los sacerdotes y escribas para recibir de la Escritura la respuesta a la pregunta: en dónde había de nacer el rey esperado. La respuesta fue - en Belén. Porque el profeta Miqueas había dicho, "Pero tú, Belén Efrata, pequeña para estar entre las familias de Judá, de ti me saldrá el que será Señor en Israel, y sus salidas son desde el principio, desde los días de la eternidad". Estas palabras proféticas fueron como estrellas celestiales para los que, habiendo dejado lo terrenal, seguían en su camino. A esta estrella brillante de la palabra de Dios los magos ahora siguieron con ojos de la fe, sin ni preguntar si Herodes y los poderosos con él les acompañarían. Sin esperar, se apresuraron al lugar que la palabra les reveló, a Belén. Sus corazones se derretían con gozo, al ver otra vez la estrella, y estaban maravillados y alegres al verla parada sobre un pequeño establo. Apresurándose, entran, y ahora ven al Niño, viendo en su cara paz indecible, junto con divina majestad.

¿Quién puede describir ahora su gozo, cuando oyeron de la boca de María lo que ya había pasado con este Niño, cómo el ángel anunció su nacimiento, y le había dado el nombre: Jesús, cómo en su nacimiento el ángel apareció a los pastores, y todas las huestes celestiales cantaron sus alabanzas. Al oírlo, se postraron, y le adoraron.

Ven que aquí tenemos un ejemplo glorioso para los que quieren encontrar el verdadero camino al cielo. Por naturaleza somos todos los hombres semejantes a los magos. Primero vivimos todos buscando nuestra felicidad aquí en la tierra. Buscamos lo terrenal, y no encontramos el verdadero tesoro. Vemos al cielo, pero no vemos la verdadera estrella. Seguimos sin saber lo que conviene a nuestra paz. Nadie sigue la una cosa necesaria, y así nuestro corazón está pegado a las cosas, la felicidad, las preocupaciones, y la gloria de este mundo.

Aún cuando tenemos grande necesidad en la tierra, cuando se predica la ley de Dios agudamente con todas sus amenazas, es solamente por la gracia de Dios que aprendemos a ver que nuestra felicidad no se encuentra en esta tierra. Nos reconocemos como pobres pecadores que no tenemos a un Dios de bondad en los cielos. No podemos salvarnos de nuestro estado natural de pecadores perdidos. Al llegar a este punto, Dios pondrá una estrella en el oriente, para que ya no podamos encontrar ningún descanso en este mundo, sino que iremos con los magos para preguntar: "¿Dónde está el recién nacido Rey?" Ah, que bien para el hombre que por la gracia de Dios ha llegado al punto en que ya no puede encontrar ninguna satisfacción para su corazón en el mundo. Qué bien para los que ven que oro, incienso y mirra ya no le contentarán. Qué bien para aquél que al fin siente su pecado, y anhela consuelo y perdón de pecados en la gracia de Dios.

¿Pero qué hace la mayoría en su inquietud? Van a Jerusalén, eso es, buscan ayudar a sí mismos, van en su propio camino, para crear un descanso. Buscan la gracia de Dios por sus propias obras. Sienten la falta de ella, pero buscan primero limpiarse a sí mismos, orando, suspirando, luchando contra el pecado, antes de ir a Dios para que él los consuele con su gracia.

¿Pero qué pasa entonces? Sólo caen más en su miseria, hacen mil buenas resoluciones, y no las pueden cumplir. Pierden su estrella como los magos, lo cual les despertó de su sueño, y se encuentran nuevamente en las tinieblas. ¿Qué falta? La

verdadera estrella para guiarles. Ésta es la palabra de Dios, y muy especialmente el evangelio. Muchos la encuentran como los sumos sacerdotes y escribas, la oyen como Herodes, pero no se apegan a ella con sus corazones, sencillamente, no la creen. No ponen toda la confianza de su corazón en ella. Si bien se sientan en el templo del Señor donde se predica el evangelio, tienen a Belén delante de la puerta, no entran.

Queridos hermanos, que quieren ser salvos, no dejen que Satanás les engañe. No es suficiente empezar a dejar la vida pecaminosa y el mundo. No es suficiente que hagan unos ejercicios espirituales todos los días, orando y leyendo. No es suficiente sentir la miseria de sus pecados y quejarse de ellos. Si no han ido más allá de todo eso, todavía no han llegado a Belén. Están todavía con los magos en Jerusalén, porque falta todavía lo principal. ¿No ven la clara estrella del evangelio? ¿No seguirán cada rayo que guía al Cristo en Belén? Ven, eso ahora es lo principal, que reciban la palabra segura, verdadera y preciosa, que Jesucristo ha venido al mundo para salvar a los pecadores. Si buscan para sus almas un fundamento que en lo más mínimo sea otro, se equivocan, quedan inciertos, no encuentran a Cristo, y se pierden. Si los magos no hubieran querido ir a Belén según la palabra de Miqueas, podrían haber buscado en tierra y mar por el mundo entero, y no hubieran encontrado a Cristo. Y es así ahora también. Aunque un pecador derramara todas las lágrimas de un pecador arrepentido, aunque tuviera toda la contrición de un pecador asustado, aunque hiciera todas las obras de todos los santos en el mundo, no llegaría ni un paso más cerca a la eterna salvación, si no cuenta todo eso por nada, y pone toda su confianza en la palabra del evangelio que promete gracia para los pecadores.

Solamente cuando un pecador se ha cansado de correr, se ha cansado de obrar sus propios obras, y finalmente ve que todo eso no le ayuda, no le puede salvar, cuando al fin se pone quieto, cuando el consuelo de Dios viene sobre él y descansa solamente en la palabra de Dios, en la cual está prometida gracia para todos los pecadores, llega el bendito momento, en que el pecador al fin llega a Belén, y se postra por el pesebre de su Jesús, ve con lágrimas de gozo al precioso Niño, y lo toma en los brazos de la fe, y le cubre con los besos de su amor.

Que bendito él, que deja que la palabra de Dios sea su estrella que lo guía, él seguramente encuentra a Cristo. Pero, hermanos,

no solamente encontramos el camino al cielo en la palabra, sino que la palabra también nos mantiene en ese camino.

II. Tan pronto que los magos tienen en sus corazones la palabra de Miqueas, ya habían encontrado a Cristo, aunque todavía no estaban corporalmente en Belén. Pero tan pronto que habían encontrado a Cristo, no desaparecieron los obstáculos, y podrían fácilmente haber perdido otra vez a Cristo. Habían venido de lejos, esperaban encontrar a todos en Jerusalén festejando por el nacimiento de Cristo. Y nada de eso. Nadie supo nada del Rey. Y al oír las noticias, todos se turbaron. Si se les explicó que el rey nacería en Belén, nadie les acompañaba. Qué lucha ha de haber pasado en sus corazones. ¿No habrían pensado: quizás estamos engañados? ¿Es posible que naciera el Rey de los judíos, sin que su pueblo supiera nada de él? ¿Sin que los líderes y sacerdotes ya lo hubieran conocido? ¿Cómo vencieron esos obstáculos? Sólo por la palabra de Dios. Eso lo consideraban más cierto que todas las razones humanas. Se quedaban con ella, aunque todos fueran en su contra

Pero eso no fue la última tentación. Sin duda esperaban encontrar al Niño en un cuarto glorioso con trono, pero no encontraban nada sino bajeza y humildad. Casi no podrían encontrar a un niño en una situación más pobre, más miserable, que el Niño Jesús. ¿Qué fue lo que venció todas esas dudas, para que se postraran y adoraran a este niño? Seguramente ninguna otra cosa sino la palabra de Dios, que poseían en sus corazones. En la luz de esta estrella, reconocen en el pobre Niño su Príncipe y Salvador.

Ahora también, al encontrar a Cristo, muchos piensan que se quitarán todos los obstáculos. Oyen de la palabra de Dios que Cristo es Rey de reyes y Señor de señores. Pero viendo la situación en el mundo, ¿qué encuentran? Los más sabios y poderosos, los más ricos del mundo rechazan a Cristo, y solamente unas pocas casas de pobres y despreciados pecadores confiesan a Cristo por Señor y Rey. ¿Cuántos no hay que han visto a los enemigos de Cristo y pensado: "Si fuera cierto el evangelio, ciertamente los más educados lo reconocerían, y lo recibirían con gozo. ¿Cómo podremos nosotros, que somos gente humilde y sencilla, decir en contra del mundo entero, que sólo nosotros tenemos la verdad?

Si no quieren, hermanos, hacer así naufragio de su fe, hagan como los magos del oriente. No vean a los hombres, porque no

son nada delante de Dios. Toda su sabiduría es locura delante de Dios. Miren solamente a la verdadera estrella del cielo, la palabra preciosa de Dios, que les dice: "Pues, mirad, hermanos, vuestra vocación, que no sois muchos sabios según la carne, ni muchos poderosos, ni muchos nobles, sino que lo necio del mundo escogió Dios, para avergonzar a los sabios, y lo débil del mundo escogió Dios, para avergonzar a lo fuerte, y lo vil del mundo, y lo menospreciado escogió Dios, y lo que no es, para deshacer lo que es, a fin de que nadie sé jacte en su presencia". Así, queden con Cristo, y no se preocupen porque serán rechazados en el mundo por confesar a Cristo. No se preocupen al ver que el número de creyentes es poco. Así tenía que ser para cumplir la Escritura. Que todos los sabios y poderosos de este mundo rechacen a Cristo, ustedes, sin embargo, en humildad recen a él, póstranse delante de él, llévenle el oro de su fe, el incienso de sus oraciones, y la amarga pero preciosa delante de Dios mirra de sus lágrimas de arrepentimiento. Así ustedes también lo verán pronto en el trono de su gloria.

Esta palabra es más segura que el sentimiento de sus corazones, queda constante con su consuelo, aunque la estrella de su felicidad terrenal cambie frecuentemente.

La palabra siempre es su luz, porque la fe les dice: Aunque todo en mí sea oscuro, miro la estrella brillante de la palabra, aunque me parezco ahora sin fuerzas, ya muerto, yo tomo la palabra que es viva y eficaz. Eso me trae a Cristo a mi corazón, y ni el demonio me lo puede robar.

Así hermanos, aprendan esta cosa principal, a quedar sólo con la palabra. Ésta es lámpara a nuestros pies, y la única verdadera luz en nuestro camino al cielo. Aprendan a reconocer los artificios del diablo bien, que busca sólo una cosa, quitar la palabra de Dios de sus corazones; porque él sabe que si puede lograr eso, ha ganado, y nosotros estamos perdidos. Si no nos quedamos con toda nuestra confianza en la palabra, ni nuestra fe nos ayuda, porque no es una verdadera fe, entonces todas las oraciones, suspiros, y obras no ayuden nada. De veras entonces nos encontramos sin Cristo, porque él se encuentra solamente en su palabra.

Quedemos así con la palabra, y quedaremos con Cristo para siempre. Amén.